CON LOS CABLES CRUZADOS

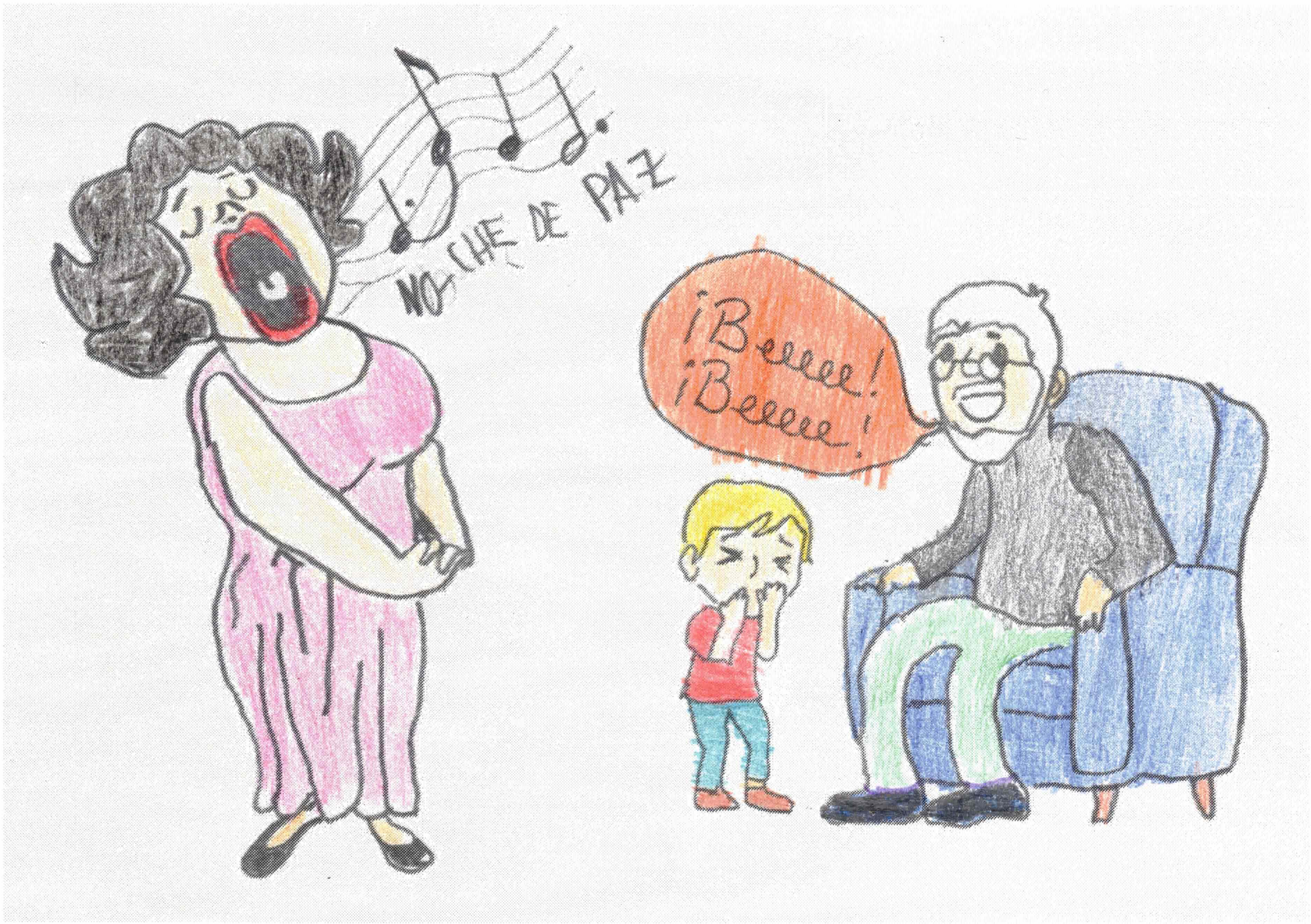
Mi abuelo y yo nos parecemos mucho: nos encanta el arroz con leche, odiamos ducharnos y siempre estamos perdiendo cosas. Mi madre dice que yo tengo la cabeza en las nubes y él, nubes en la cabeza.

Os pongo algunos ejemplos:

1-Él pasa la mañana en la “residencia de día”, donde una cuidadora lo obliga a apretar pelotitas, preguntándole cómo se llama y cuántos hijos tiene.

Eso lo irrita mucho, tanto como a mí hacer deberes. Cuando llega a casa después de comer lo animo utilizando nuestra contraseña secreta, que me enseñó cuando yo era chico y son tres apretones de mano para decir: “Te-quie-ro”.

2-Mi abuelo es el prota de las fiestas. El año pasado vinieron en Nochebuena unos amigos de mi tía y la mujer se puso a cantar *Noche de paz* con voz de soprano, porque es profe de música. Mi abuelo, que estaba sentado en el sofá medio dormido, de pronto se puso a gritar “¡Beeeeee! ¡Beeeeee!” Todos intentamos disimular, pero no podíamos parar de reírnos. A mí me pasa lo mismo porque, según mi madre, “no tengo filtro”, y me encanta hacer el tonto dando vueltas mientras los demás bailan. En fin… la liamos bastante.



3-Los dos somos TOC. Él repite su firma hasta quince veces en papel para no olvidar cómo la hace y, últimamente, se abrocha y desabrocha la chaqueta sin parar. A veces, incluso corta papeles imaginarios. Yo no estoy mucho mejor porque siempre repito preguntas innecesarias: ¿Hemos apagado la calefacción? ¿No habéis dejado el móvil sobre el sofá y se va a quemar la casa? O cuando vamos de viaje: ¿Hemos dejado abiertos el gas y el agua?... Es cansino, la verdad.

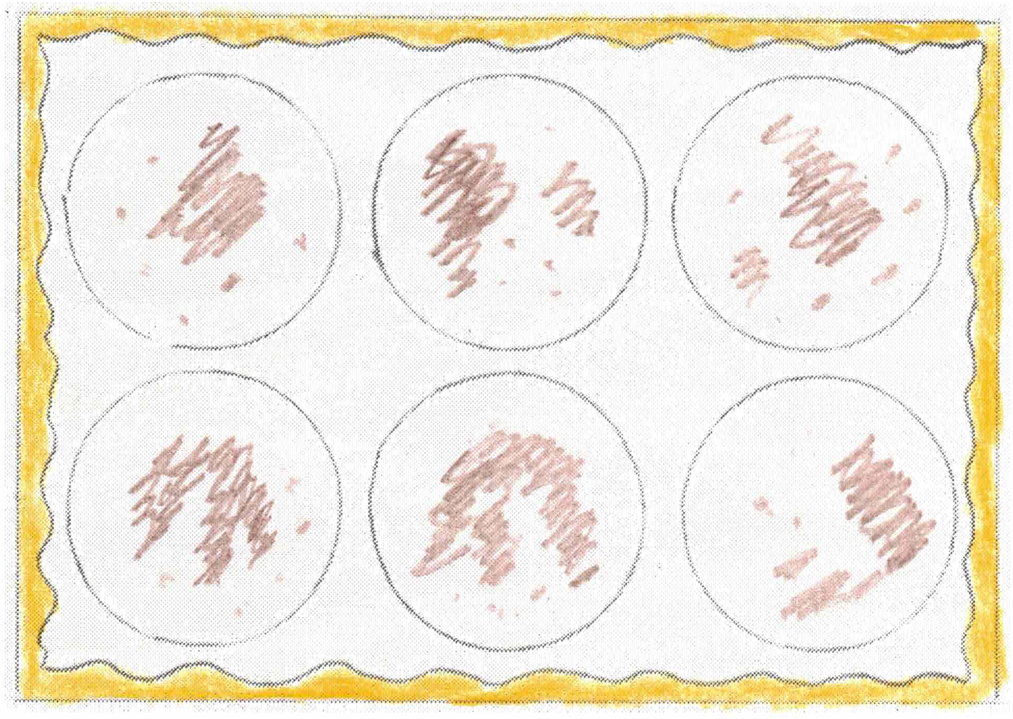
Para tranquilizarnos, abrimos la caja del *Lego Granja de animales*. Mi abuelo trabajó en el campo antes de ser policía, y ahora solo recuerda su infancia. Por eso, jugamos a cepillar el caballo, meter las ovejas en el corral, dar de comer a las vacas y recoger los huevos de las gallinas. Él sabe incluso a qué hora hay que hacer las tareas, pero últimamente se le pierden las piezas y, lo peor: pone el lego de la caca en la casa del granjero o los pollitos cerca del gato, así que os podéis imaginar…

Pero nada de eso importa, porque mientras tanto escuchamos en bucle su canción preferida.

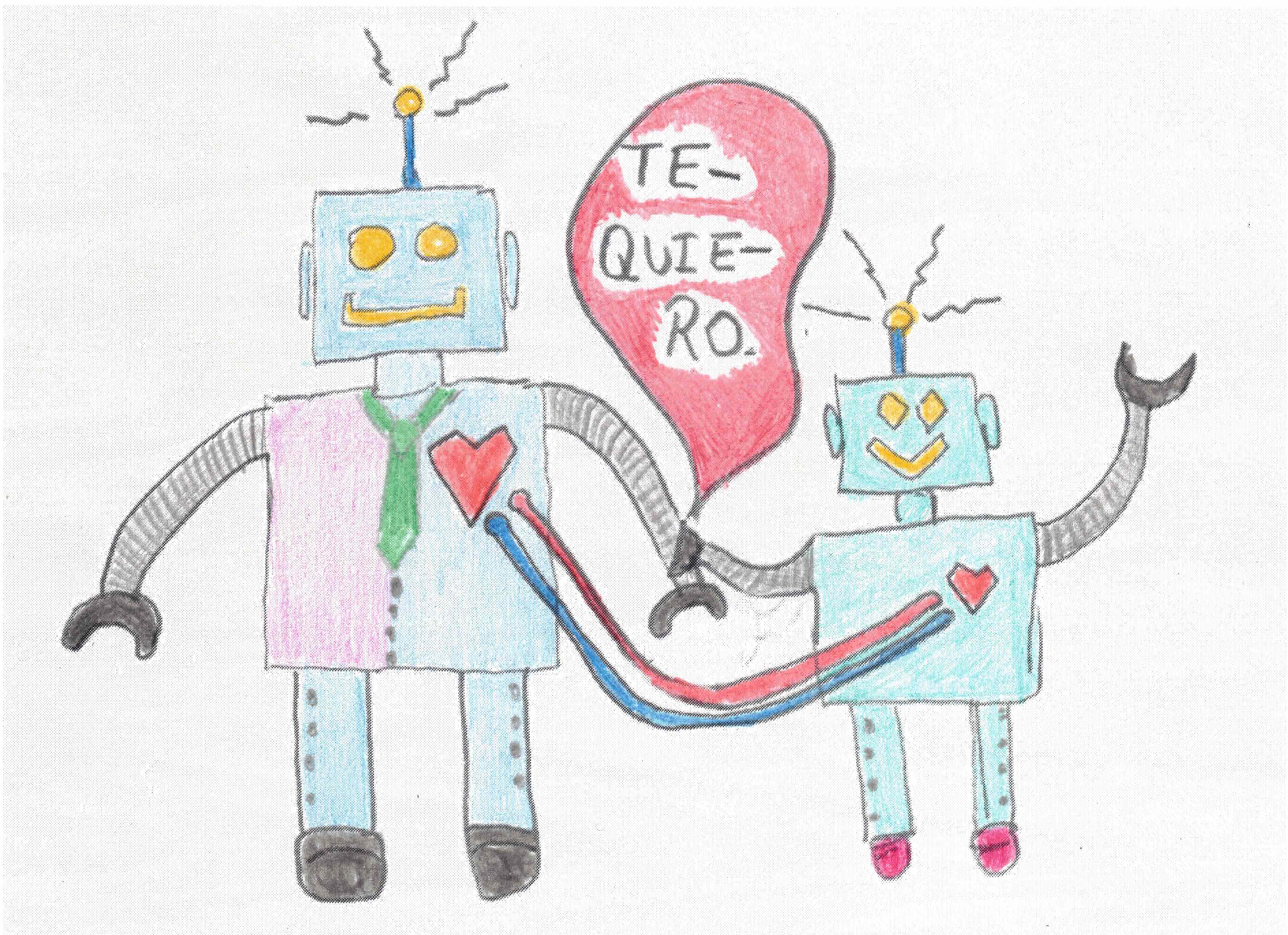
Se llama *Los cuatro muleros*, de Pepe Marchena, y con ella le brillan los ojos e incluso llora, pero de alegría.

A veces, cuando se pierde del todo imagino que los dos viajamos al *Hotel Casino Loto* de Percy Jackson, donde puedes olvidar a gusto.

Allí no hay deberes ni riñas ni obligaciones, y los camareros te ofrecen pasteles de colores y arroz con leche todo el rato.



Si viviéramos allí, nos daríamos de vez en cuando tres apretones de mano para recordar lo importante –"te-quie-ro"- y viviríamos felices "con los cables cruzados".



FIN